

je de San Pablo, pone en confusion vuestros espíritus limitados, recordad que habeis sido engañados, que por consiguiente sus pensamientos no deben ser vuestros pensamientos, sus designios vuestros designios, sus medios vuestros medios; porque si no fuese así, ¿que habria hecho Él mas ni mejor que vosotros? Y esto que parece en Dios una locura es mas sabio que la sabiduría humana en todo su conjunto; lo que parece en Dios una debilidad es mas fuerte que la fuerza de todos los hombres; y como ellos no han conocido en las obras de su infinita sabiduría, Él ha querido salvar por la locura de la predicacion á aquellos que creyeren en Él.<sup>1</sup>

Hé aqui de qué manera abrió Jesucristo su mision terrestre: "El espíritu del Señor descansa sobre mí, dice de Él mismo despues de Isaías; él me ha enviado para predicar la Buena Nueva á los pobres, para curar á los que tienen el corazon lacerado, para anunciar á los cautivos la libertad y á los ciegos el recobro de la vista; para librar á aquellos que están en la opresion, para publicar el año de gracias del Señor, y el dia en que hará justicia."<sup>2</sup> Y como Juan le envió á dos de sus discípulos para preguntarle: "¿Sois vos el que debe venir?" Él les respondió: "Referid á Juan lo que habeis visto y oido: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos están sanos, los sordos oyen, los muertos resucitan; la Buena Nueva está anunciada á los pobres, y dichoso aquel que no se escandalice de mi objeto!" Despues dirigiéndose á la multitud que le seguia, les dirigió esta tierna invitacion: "Venid á mí todos los que os doblegais bajo el peso del trabajo y del sufrimiento, que yo os reanimaré."<sup>3</sup>

Tal es, si puede decirse así, el programa de Jesucristo. Nosotros tenemos que estudiar lo que ha hecho para realizarlo.

1 I. Epíst. á los corint., cap. 1.

2 S. Lucas, cap. 4.

3 S. Mateo, cap. 11.

Engañado por las pérfidas sugerencias de la serpiente, y fascinado por la perspectiva de una absoluta independenciam, el hombre, como ya hemos visto, habia rechazado la direccion divina y se habia confiado enteramente á las luces de su débil razon, y á las tendencias de su corazon corrompido.

Allí estaba la fuente del mal, y era necesario secarla para curar á la humanidad. En efecto, falta de una direccion superior que conociese su origen, su naturaleza y su fin, aquella no habia sabido otra cosa que apartarse de la senda del bien, alterar la verdad y avanzar á grandes pasos hácia la decadencia y á la muerte. ¿Qué debia hacer Jesucristo para salvarla, sino descender á esta nave donde perdida en medio del océano de las edades, la humanidad flotaba incierta de sus destinos, siempre espuesta á naufragar á merced de los vientos y de las olas, y ser Él mismo el piloto, el guia y el salvador? Esta es igualmente la mision que vino á llenar en la tierra: de su boca divina ha salido esta solemne declaracion: "*Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie puede ir al Padre sino por mí.*"<sup>1</sup>

Así es como Jesucristo ha reivindicado los derechos usurpados por Satanás, y se ha declarado el Rey de la libertad humana. Es Él quien en lo de adelante trazará á la actividad la línea que debe seguir, iluminará la inteligencia con los destellos de la eterna verdad, y vivificará el corazon con la efusion de la gracia celestial. Todo el que rehusare seguir la nueva bandera se estraviará muy pronto en los antiguos senderos de la duda, del error y del mal. "Aquel que cree en el Hijo tiene la vida eterna; aquel que no crea en el Hijo no verá la vida; la cólera de Dios permanecerá sobre él."<sup>2</sup>

Soberbio espíritu humano, es tiempo ya de depositar á los piés del Rey legítimo el cetro de las almas, demasiado pesado para tus débiles manos; es necesario renunciar al título

1 S. Juan, cap. 14.

2 Ib. cap. 13.

de gefe supremo de las inteligencias, pues que tú no has sido jamas sino un esclavo ciego é impotente: y si te irrita este nombre de esclavo, si te proclamas fuerte, libre, independiente, abre tu historia, arroja una mirada sobre sus gloriosos fastos: ¿no lees en todas sus páginas error, absurdo, locura? ¿No escuchas á tus mas adictos campeones esclamar unánimes que no hay insensatez ni concepcion ridícula de que no seas capaz? Tú buscas la luz y te encuentras con las tinieblas; quieres avanzar y retrocedes; prometes la felicidad y produces los sufrimientos; creyendo restituir la vida das el golpe de muerte: ¡no eres sino esclavo, y esclavo del peor dueño que puede haber! ¿Qué has hecho de Dios? ¿qué has hecho del hombre? ¿qué has hecho de los divinos trasportes que los unen? ¿qué de la misma naturaleza? Yo voy á colocar sobre tu cabeza los principales títulos en que cifras tu gloria: *epicurismo, cinismo, escepticismo, ateismo*. Hé ahí los florones de tu corona: ¡espera con este adorno en la frente el juicio del porvenir!

No se crea que ha sido nuestro intento injuriar el espíritu humano, envilecer esta noble criatura hecha á la imagen de Dios; no, no ha sido ni pudo ser este nuestro pensamiento, porque entonces nos contradeciríamos al escribir estas líneas; no queremos sino atacar el orgullo del espíritu humano, desarraigat este vicio que ha sido la causa de su pérdida; no queremos decir otra cosa que en lo que en la tribuna decia últimamente un orador, tanto menos sospechoso, cuanto que pertenece á una de las sectas cristianas que han protestado en favor de la independenciam de la razon individual. "Yo respeto infinitamente la inteligencia: es uno de los méritos, y será uno de los títulos de honor en nuestro tiempo el saber respetarla altamente y tributarle lo que le es debido; pero yo no confio á ciegas en la inteligencia, ni creo que conviene confiar en ella ciegamente, y menos que nunca en nuestro tiempo. La escesiva confianza en la inteligencia humana, el orgullo humano, el orgullo del espíritu (permitid-

me llamar á las cosas por sus nombres) ha sido la enfermedad de nuestra época, la causa de nuestros errores y de nuestros males. La inteligencia tiene necesidad sin cesar de ser advertida, contenida, guiada, esclarecida."

Sí, en el órden moral sobre todo, el espíritu humano es débil, no puede marchar sin los socorros de un poder sobrenatural. Nada lo prueba mejor que la vanidad de los esfuerzos en todos los tiempos de eso que se dice ciencia, y que se ha adornado con el nombre pomposo de filosofia; porque desde el sofista Satanás hasta los sofistas modernos, ¿qué progresos ha hecho, qué obras duraderas ha producido? ¿de qué monstruosos errores, por el contrario, no ha sido madre? ¿Dónde están las verdades descubiertas por ella y demostradas con entera certidumbre? Aquellas que ha revestido algunas veces con todo el esplendor de la elocuencia, no son mas que un hurto hecho á la religion; y ni aun ha sabido conservar intactos estos sagrados despojos: su soplo deletéreo desde luego los ha marchitado, alterado y descompuesto. Para decirlo de una vez; despues de mas de cuatro mil años de rudos trabajos, despues de los estudios concienzudos de una multitud de hombres dotados de genio, esta ciencia, segun la confesion de sus mas ardientes adeptos, no solamente no ha salido de la cuna, pero ni aun ha podido nacer, sino que ha permanecido en el estado de un feto informe, sin objeto, sin fin determinado, sin método seguro, sin criterio cierto, sin principios fijos, sin definicion propia. Y sin embargo, despues de una tan larga y desgraciada experiencia, no nos hemos desengañado todavía de nuestros errores, no nos hemos desprendido de nuestras orgullosas pretensiones, no nos hemos convencido de la inutilidad de nuestros esfuerzos; continuamos, al contrario, en la misma senda extraviada en la cual Satanás nos ha empeñado. Como Adam y Eva rechazaron la autoridad de Dios, así nosotros

rechazamos la autoridad de su Hijo; y cuando su obra está desarrollada paralelamente con la nuestra, cuando los resultados milagrosos de su doctrina nos han herido con su evidencia, cuando no hemos podido negar la superioridad de esta doctrina sobre nuestras miserables y efímeras concepciones, ¡oh prodigio de ceguedad y de loco orgullo! no lo hemos ya desechado, sino que hemos querido apropiárnoslo; le hemos acariciado como á nuestro bien, y nos hemos dicho: ¡Jesucristo es el progreso del espíritu humano! Salvo que al día siguiente nos contradigamos pretendiendo que Jesucristo es una cosa gastada, que ha pasado su tiempo, y que á nosotros nos toca perfeccionar su Evangelio; porque si las máximas de este Evangelio agradan á nuestro espíritu, llenan también de terror nuestro corazón, y nosotros deseamos conservar mucho tiempo sobre nuestra cabeza una corona de espinas.

¿A quién iremos, por tanto, si no vamos hácia Jesucristo? Él solo tiene las palabras de la vida eterna: ¿á quién pediremos la regla de nuestra conducta? ¿á nosotros mismos? Pero tenemos la conciencia de nuestra debilidad y de nuestra ignorancia; sentimos que la ciencia del bien y del mal se nos escapa, que las pasiones nos seducen y nos arrastran: ¿á otro hombre? ¿á un genio?—¿Cuál es el genio bastante poderoso que se reconozca en él el derecho de imponer las leyes de la moral á sus semejantes? ¿Quién es el mortal bastante atrevido para poner la mano en el timón de la arca que lleva á la humanidad sobre el océano del mundo; bastante presuntuoso para creerse capaz de conducirla sabiamente á través de todas las tempestades, y preservarla de todos los escollos? ¿No conoce que su mano de carne va á helarse muy pronto bajo el soplo de la muerte, y que él tendrá que abandonar á sus pasajeros á merced de los vientos y de las olas? No, ningún hombre podrá decirle á la humanidad: “yo soy tu camino, yo soy tu verdad;” ninguno podrá decirle: “yo soy tu vida;” porque la muerte no tardará en darle un men-

tís irrecusable. No le queda evidentemente á la humanidad mas que una sola alternativa: ó vagar al acaso al impulso de diversas y encontradas doctrinas, sin objeto y sin esperanza, ó colocarse y marchar bajo el santo estandarte de Aquel que ha podido únicamente decir: “Yo soy el camino, la verdad y la vida;” porque le ha sido posible decir también: “Yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos: las potencias del infierno no prevalecerán contra mí: aquel que me sigue no anda en las tinieblas: si vosotros permanecéis adheridos á mis palabras, conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres; yo soy la resurreccion y la vida; quien cree en mí vivirá.” La eleccion, pues, no podrá ser dudosa.

Lo mismo que esas plantas que no pueden elevarse del suelo sin un apoyo, y si este apoyo les falta se marchitan y mueren; pero que, por el contrario, si se adhieren á un árbol tutelar proyectan en todas direcciones vigorosos y floridos ramos, así la razon humana, entregada á sus propias fuerzas desfallece y muere; pero si la razon de Dios viene á sostenerla y á llevarla sobre sus alas, en un vuelo atrevido puede lanzarse con ella hasta mas allá de los astros.

Pues que el principio de bien que Jesucristo ha depositado en el mundo es Él mismo, su cruz es el apoyo de la débil humanidad: con sus brazos poderosos ella le atrae y le eleva entre el cielo y la tierra, le mantiene sobre su camino, le alumbra con su verdad, le reanima con la abundancia de su vida.

Espliquemos entretanto con mas especificacion cuál es este camino trazado por la cruz, cuál es esta verdad que ella revela, cuál la vida de que es fuente fecunda é inagotable.— Tal será el objeto de los capítulos siguientes.